

CULTURA UNIVERSITARIA Y CULTURA ARTISTICA

Por *Hugo Lindo*

La zona de experiencias acerca de un pueblo, que puede un hombre abarcar por el mero hecho de vivir en él durante casi 4 años con espíritu vigilante, es zona amplísima y de variadas comarcas. Debo, pues, circunscribir mi tema. Y así parodiando la frase ya famosa de un político salvadoreño, diré que, “hombre de letras como soy”, me inclino a comunicar de esa experiencia, lo que atañe al mundo de las letras y las artes. Mundo en el cual es de primerísima importancia, en Chile, la participación activa de las universidades, y aun de los centros de enseñanza secundaria. Más de una de las cosas que aquí diré, ya han sido expuestas por mí en algunas crónicas literarias publicadas en San Salvador durante mi ausencia; no obstante, no considero inoportuno repetirlas ahora, organizándolas quizás de manera diferente.

¿Por qué las universidades toman tan empeñosa participación en las artes? Vosotros lo sabéis. Libros completos pueden escribirse sobre ello. Salta a la vista que las artes no son únicamente flor, sino también simiente de cultura. Que no sólo coronan el proceso espiritual de un pueblo, mas también lo impulsan y aceleran. Que no son exclusivamente resultado, sino también causa y estímulo.

Ya han sobrepasado los filósofos diversas etapas de unilateralidad, y no estamos en hora de considerar la cultura como hipertrofia de una cualquiera de las potencias del hombre. Ya no llamamos culto al intelectualmente sabio, pero insensible. Tampoco al hombre de refinada sensibilidad, pero falto de disciplina. Ni al de voluntad poderosa y conocimientos menguados. Culto, me aventuro a decir, será aquel en quien se conjuguen equilibrada, armónicamente, la inteligencia, la sensibilidad y la voluntad desarrolladas al máximo por la experiencia propia y el estudio, que en última instancia no es otra cosa que la experiencia de los otros.

Y si la Universidad es exactamente eso, es decir, si tiende su espíritu

sobre la universalidad del hombre y del mundo, ¿cómo podrá dejar de mano los territorios de la cultura artística?

Chile es país de historiadores, juristas y poetas. Su hacer literario recibe estímulo de bien diversas fuentes. Halla también tropiezos en múltiples factores. El pueblo lee, lee mucho, y no se limita sólo a ello: compra libros. Este factor económico da razón de ser y viabilidad, a la existencia de entidades editoriales de capital particular. Lo cual tiene aspectos favorables y desfavorables, por cuanto dichas empresas se preocupan, lógicamente, más por la obra de mercado, que por la de categoría intrínseca, y, de hecho, quedan desplazadas de su órbita las que no se venden, como son aquellas de carácter muy especializado o técnico, y las de poesía.

Podría afirmarse, en líneas muy amplias, que las editoriales se han distribuido los géneros, o, al menos, la preferencia por ellos: Nascimento edita obras de historiadores nacionales y de ciencias jurídicas; la Editorial del Pacífico, prefiere los ensayos de carácter sociológico y político; Zig Zag, las novelas, las biografías, los relatos de viajes y la literatura para niños. ¿Qué ocurriría, entonces con las letras clásicas, las obras de medicina o de geografía, los poemas, si no existiese la Editorial de la Universidad de Chile?

Esta Editorial, que en el curso de un año ha sufrido dos inexplicables incendios en los cuales se perdieron originales de valor, abarca, así, varios tipos de producción que por su especialidad o por otras razones, gozan de limitada clientela. En el Edificio Central de la Universidad de Chile, una librería bien instalada ofrece al público en general no sólo las producciones de la propia editorial, mas también de las otras chilenas y de muchas extranjeras. Anexa a dicha librería, hay una venta de discos de música de alta escuela, desde la bizantina, pasando por la gregoriana, la clásica, la romántica, hasta desembocar, si puedo señalar un punto de referencia, en la música sincopada y torturante de Bela Bartok. Estudiantes y profesores gozan, como es natural, de especiales descuentos.

Por otra parte, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, y la Facultad de Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Católica, no se limitan a formar a sus alumnos dentro de las disciplinas ya clásicas, sino que procuran tenerlos al corriente de lo que ahora se produce en las letras del mundo entero. Ya he referido en una de las crónicas a que atrás aludo, cómo el Profesor de Estética de la Universidad Católica, el R. P. Raimundo Kupareo, de la orden de predicadores, es autor de 3 textos que sirven de guía a sus discípulos. Estética de la poesía, Estética del drama y Estética de la novela. En todos ellos, la ejemplificación recae de continuo en obra de vigencia e interés actual. En clases, suele analizarse la última novela de Françoise Sagan, o el más reciente drama de Miller, o el poema que Neruda acaba de dar a la estampa.

Los profesores de Literatura de la Universidad de Concepción, 3 hombres

jóvenes de excepcional cultura, Juan Loveluc, Alfredo Lefebre, y Gonzalo Rojas, se inclinan de modo especial por el estudio de las Letras hispanoamericanas y llevan su cátedra hasta el pueblo, pues ellos se han hecho cargo de la plana literaria semanal del diario *El Sur* de esa ciudad. Con todo, la obra más constante y divulgada de esta Universidad en el plano de que se trata, es la publicación de la revista *Atenea*, rigurosa y exigente, la cual ha cumplido ya 33 años de labor puntual. Tan apreciada es en los centros de estudio de todo el mundo, que un artículo publicado en ella, aparece, al tiempo, citado en algún adusto volumen de historia o de críticas literarias. Nada menos que el Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana, ha presentado hace pocos meses, desde sus prensas de Washington, un índice analítico que abarca las publicaciones aparecidas en *Atenea* desde 1924 hasta 1950.

Empero, es *Atenea* la única publicación literaria digna de mención. Falta en Chile revistas de este tipo. Ciertamente es que por esfuerzos particulares surgen algunas como *Pro Arte*, *Extremo Sur*, *Cuadernos de Poesía*, *Caballo de Fuego*, *Pomaire*, etc.; pero su vida es bastante fugaz; carecen de estímulo y, por lo común, adolecen de graves defectos de organización administrativa. Esta deficiencia no alcanza a ser subsanada por los suplementos dominicales de los principales diarios, pues tales suplementos han ido tornándose cada vez más "magazinescos", si cabe la palabra: uno o dos artículos de altura, algún cuento, no siempre de categoría, y tiras cómicas, caricaturas políticas, recetas de belleza, hacen una miscelánea de lo que antes era una cátedra.

En junio de 1955, la Universidad de Concepción quiso extender sus actividades culturales hasta Iquique, en donde llevó a cabo cursos de extensión, los cuales se denominaron "Primera Jornada de Estudios de la Universidad de Concepción en Iquique". Ciéndonos exclusivamente a lo que hoy nos interesa, podemos señalar las siguientes clases: el Profesor Leopoldo Muzzoli disertó sobre *Leonardo y la Luz*; Juan Loveluc dio un curso de Literatura Hispanoamericana, dividiendo sus temas así: La prosa en el período colonial; La poesía en el Siglo XIX; La poesía y la novela en los siglos XIX y XX. El mismo catedrático, en curso de Literatura Española, disertó sobre el poema del Cid, Gonzalo de Berceo, Juan Ruiz, Fernando de Rojas, Garcilaso y Góngora; el Profesor Jorge Herrera Silva, pasó revista en varias clases, a las primeras experiencias literarias chilenas, desde el propio conquistador don Pedro de Valdivia a quien llamó "el primer criollista chileno" hasta don Alonso de Ovalle... Mas, en fin, esta enumeración puede resultar cansadora... Yendo a una síntesis, debe decirse que de 61 clases dictadas, 38, es decir, un 62%, versaron sobre artes y letras. Esto incluye un curso de Teoría del Conocimiento del Arte, dictado por el cultísimo profesor don Jorge Elliot, y otro de historia y filosofía del teatro contemporáneo, debido al profesor don César Araneda Encina, Presidente del Colegio de Abogados de Iquique.

Esta mención nos lleva incidentalmente a un tema sobre el cual hemos de volver. El médico y el abogado, el arquitecto y el odontólogo, no se limitan en aquel país al estudio exclusivo de sus materias profesionales. Se consideran en el deber de incrementar de modo permanente su cultura general y artística. Asisten a exposiciones y conciertos, leen novelas, y sienten gozo en conversar acerca del último drama representado en el teatro Antonio Varas o de la reciente y voluminosa obra de historia nacional publicada por don Francisco Encina.

Los salones de sociedad y las tertulias familiares trascienden el aroma refinado de estas inquietudes superiores. Acaso durante la reunión, un cirujano lea el poema que acaba de escribir o un estudiante de secundaria siéntase ante el antiguo piano para tocar una sonata de Scarlatti . . .

Tampoco el público guarda viejos prejuicios al respecto. No se estima, arbitrariamente, que el profesional dedicado al arte haya de ser, por fuerza, deficiente en su profesión. Por lo contrario: el arte le otorga realce y decoro ante la sensibilidad de las gentes. Año con año, los médicos celebran una exposición pictórica debida a sus propios pinceles. En el salón, participan, sólo en Santiago, no menos de treinta profesionales de prestigio.

El Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile, dependiente de la Facultad de Música, tiene a su cargo la Orquesta Sinfónica, el Conservatorio Nacional de Música y los cuadros de ballet, dirigidos por el húngaro Uthoff. De tal modo, a la Universidad compete la tuición y coordinación de los organismos dedicados al cultivo de artes complementarias, lo que permite que el ballet cuente con los servicios de la orquesta y esta última coadyuve a la formación de los estudiantes del Conservatorio. He tenido oportunidad de asistir no sólo a conciertos de la Sinfónica, dirigidos por el maestro Víctor Tevah, sino también a algunas de las presentaciones del cuadro de ballet. Recordaré toda mi vida, por su donaire, su gracia, su perfección de sincronía musical y coreográfica, el ballet *Alotria*, estrenado el año de 1956 en el Teatro Municipal de Santiago.

De los compositores chilenos, habría mucho que hablar. Una para mí feliz coincidencia, hizo que en el avión nacional que me trajo desde el aeropuerto de Los Cerrillos, en Chile, hasta el de Tocumén, en Panamá, viniese también un caballero de mediana estatura, delgado, cuya estampa indicaba la plenitud de la madurez, en quien al instante reconocí al Decano de la Facultad de Música de la Universidad de Chile. Era, en efecto, don Alfonso Letelier. Busqué su conversación, cordial y amable, y supe así que se dirigía a los Estados Unidos, ya no recuerdo a qué ciudad, en donde asistiría al estreno de una Sinfonía propia, escrita por encargo de la Universidad de la región. El año anterior, había hecho viaje semejante a Alemania, para escuchar también una obra propia, estrenada bajo la batuta de un director teutón.

Va para dos años que en una entrevista, Mario Baeza, el fundador y hasta hace muy poco Director de los coros polifónicos de la Universidad de Chile, me refiriera cómo y cuánto debe la música en su Patria, a la inspiración, la sabiduría y el entusiasmo del maestro Domingo Santa Cruz. El fue quien, muy a los comienzos del siglo, suscitó y animó las primeras tertulias de donde surgiría más tarde la organización de grupos corales y orquestales, el propio Baeza me hizo notar un dato muy importante: de los compositores de primera fila en la actualidad chilena, todos, o al menos casi todos, son profesionales egresados de las diversas facultades universitarias: hay allí maestros egresados del Instituto Pedagógico, médicos, dentistas especializados de alto prestigio como don Alfonso Leng, arquitectos, etc. Algunos de ellos han dejado el ejercicio profesional para dedicarse por entero a la música; otros, en cambio, laboran simultáneamente en ambas esferas.

Las universidades tienen sus coros bien organizados, que participan en los actos académicos y, a veces, hacen presentaciones en los teatros, giras por el interior de la República y hasta fuera de sus límites, cuando son invitados por países vecinos. Igual cosa hacen los colegios de enseñanza secundaria, pues, de los principales, ninguno carece de su conjunto coral dirigido por un verdadero conocedor. La Universidad de Concepción tiene, además, su orquesta propia, un conjunto de música de cámara, y, como adelante se dirá, un grupo escénico.

Para referirme al teatro en Chile, necesitaría varios artículos tan extensos como éste. Es, para mí, asunto de capital importancia. Porque en Chile ya hay una conciencia teatral. Hay autores, hay actores, hay escenógrafos, directores, tramoyistas y, lo que quizá sea más importante, hay público. Disculpen mis amables lectores si aquí me extiendo más allá de la cuenta: no hallo medio de sintetizar un material tan rico en cantidad y calidad. Acaso sea porque en el trasfondo del alma, no tengo voluntad para cumplirlo reduciéndolo a una exposición esquemática.

El teatro es sin disputa, la expresión artística de más honda repercusión social. Y conste que no hablo aquí del teatro de intenciones pedagógicas o ilustrativas, cuyos ámbitos no pueden ni deben trascender lo escolar, ni del teatro de tipo demagógico, deliberadamente preparado para determinados grupos. Hablo del teatro, simplemente. Del que lo es en verdad, y lo ha sido al través de todos los tiempos y de todas las escuelas. Pues el teatro no es literatura, ni lo hace el escritor: la literatura y el escritor son en él factores indispensables, mas no constituyen su totalidad. No se discute ahora, entre los entendidos, que la integridad del fenómeno dramático no puede ser escindida o descompuesta, sino para fines de análisis y estudio; mas, realizados tal estudio y análisis, debe reunificarse la noción, integrando de nuevo en el espíritu la *unidad única*, valga el pleonismo, que significa la obra.

De tal manera el teatro viene en constituir una coordinación de

artes varias: tiene de letras, a veces de música, siempre, o casi siempre, de artes plásticas o decorativas, abarca efectos sonoros especiales, exige dominio de la luminotecnia, etc. . . . Y dicho todo lo anterior, aún falta enunciar algo de la mayor importancia: el público. No hay teatro sin público. Ya pueden existir todos los otros elementos: sin la presencia del espectador, el destino de la obra dramática se habrá frustrado sin remedio.

Un público no brota de la nada: se hace. Y como el buen gusto no se puede cultivar de otra manera sino alimentándolo con obras de buen gusto, ocurre que entre la representación y el espectador hay una interacción cultural: aquélla prepara a éste; éste hace posible aquélla. De ahí que los esfuerzos iniciales para la formación en un país, de un teatro digno de llamarse así, sean siempre difíciles.

Yo no tercio ni puedo terciar en asunto cuyas ocultas causas desconozco; pero bien puedo permitirme una referencia, si ella es útil. Alguien me escribió una vez que la presencia en El Salvador, de Edmundo Barbero, no había dado frutos, por cuanto él se limitó a adiestrar actores y actrices de alguna experiencia, y no forjó valores nuevos. Ignoro hasta qué punto sea exacta dicha información. Pero yo puedo aseverar, en cambio, que hizo otra cosa más importante: empezó a formar un público amante del teatro de altura, que no se alarmaría ante las nuevas tendencias y técnicas de la escena europea y americana. Anoto esto, porque ya que tenemos el principio de un gusto dramático, no debemos dejarlo perecer: antes bien, estamos obligados a reconocerlo, cultivarlo e incrementarlo por todos los medios a nuestro alcance.

El escéptico, el pragmático, se preguntarán para qué. ¿Con qué objeto vamos a gastar dinero y energía en un asunto de mera distracción? Y es que no se trata de “mera distracción”. Ese es el aspecto más superficial. Se trata de la cultura, lisa y llanamente. Y si no, allí está la historia de los pueblos para demostrarlo. ¿Se concibe la formación del alma española, si se prescinde de los juglares y de los cómicos de la legua? ¿Se concibe la cultura británica sin Shakespeare, la peninsular sin Lope, la de Alemania sin Goethe, la francesa sin Molière, Corneille y Racine? . . . El teatro es la más directa y vital comunicación entre los creadores de una cultura, y el pueblo da donde emergen los elementos básicos de la misma. Bien: decía que en Chile ya hay un público. Lo demuestra, por una parte, lo numeroso de los conjuntos dramáticos; por la otra, la permanencia prolongada en cartel, de las piezas de categoría. Una sola obra chilena intitulada *Crimen perfecto*, cuyo autor no recuerdo en el instante, se mantuvo en la cartelera durante poco más de un año, a razón de dos representaciones por día.

Hice una vez una entrevista a Santiago del Campo, joven, talentoso y apasionado autor teatral, sobre el desarrollo del arte dramático en Chile, y no pude publicarla, porque fue tal el conjunto de datos que me proporcionó, tan abundante y rica es ya la experiencia de aquel país, que la simple trans-

cripción literal de lo que él me dijo, excedía en mucho los límites otorgados a una crónica de este tipo. Daba, más bien, material para un grueso folleto. Puso, sí, especial énfasis en la trascendencia que para el teatro en Chile, había tenido la visita reiterada de Margarita Xirgu, y en la importancia de los “teatros de bolsillo”.

Entiendo que la locución “teatros de bolsillo” es semejante a la de “teatros de cámara” que se usa en México, aunque ignoro si ambos conceptos coinciden con absoluta exactitud. Son elencos poco numerosos, por lo general profesionales, que representan obras frente a públicos pequeños, en locales bien acondicionados, cuya cabida fluctúa entre los 200 y 300 espectadores. De estos teatritos hay varios en Santiago: el Marú, el Petit Rex y el Satch —de la Soc. de Autores Teatrales de Chile— son los de más constante actividad. En el Petit Rex por ejemplo se representó el fino drama de John de Hartzog que se conoce, en traducción, bajo los nombres de *El Lecho Nupcial* y *La Cama*. La obra, como se sabe, consta sólo de dos personajes, El y Ella, y ofrece graves dificultades de penetración psicológica y de habilidad profesional, que fueron sorteados con maestría por los actores.

Hay elencos un tanto mayores, de profesionales independientes, como Lucho Córdova, dedicados de preferencia, lo mismo que la Satch, a la presentación de obras nacionales. En este sentido de la creación, Chile no tiene aún plena madurez, mas ha de lograrla pronto, porque no desdeña, sino capitaliza la experiencia ya secular de los pueblos europeos.

Lo mejor, sin lugar a vacilación, del panorama teatral, es lo que ofrecen las universidades.

La Universidad Católica de Chile, patrocina el Teatro de Ensayo, surgido hace algunos años por la iniciativa de un grupo de arquitectos y estudiantes de Arquitectura. Quizá por este origen, el Teatro de Ensayo se caracteriza más por el buen gusto de sus escenografías, que por la perfección de sus representaciones. Las dos piezas mejor dadas que le hemos visto, han sido una adaptación hecha por Santiago del Campo, del *Martín Rivas*, chilénísima novela histórica de Blest Gana, y la muy famosa obra de John Boyton Priestley intitulada *El Tiempo y los Conmway*, la cual fue representada, no obstante sus complejidades y sutilezas, con notable dignidad. Debe, sí señalarse, que el Teatro de Ensayo trabaja con limitados recursos económicos, provenientes de apoyos particulares.

La Universidad de Concepción tiene también su grupo escénico, el Teatro Universitario, que no hemos visto trabajar: Concepción se halla a 3 horas de vuelo de Santiago. Sabemos que ha presentado con éxito, obras de variada procedencia: piezas de Molière, de Romain Rolland, de autores sajones y latinoamericanos de nuestros días.

Pero el más importante, por su elenco profesional de gran maestría, la unidad de su conjunto, la versatilidad de sus presentaciones, la riqueza de

sus elementos humanos y materiales, es el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, al cual hemos visto pasar de una obra de Calderón de la Barca, a otra de García Lorca o de Tennessee Williams; de Lope de Vega a Graham Greene y a León Felipe; de Molière a un autor chileno, italiano, rumano, de cualquiera época y de cualquier tesitura.

En fin, esto se alarga demasiado. El Teatro Experimental es tema para tratarse con mucho detenimiento.

Yo he querido sólo poner de relieve cómo en el culto país de la estrella solitaria, las distintas universidades son las principales propulsoras de arte en sus diversas manifestaciones como cúspide y corona del espíritu y sus preocupaciones sustanciales.

La Universidad de Chile, al través de sus Facultades de Música y de Bellas Artes, al través de la Orquesta Sinfónica, del cuadro de Ballet, del Teatro Experimental y sus múltiples filiales de provincia, abarca la tutela de la vida artística nacional, no limitándola a una visión ni a un hacer oficialista, sino estimulándola y compartiéndola con organizaciones particulares y de otros centros de estudio.

Entre nosotros la organización es diferente y estas labores corresponden a la Dirección General de Bellas Artes. De todos modos, no consideramos imposible una mayor participación del Alma Mater en la vida artística nacional. Antes bien, mediante una coordinación de esfuerzos, sería factible lograr la cooperación de Bellas Artes en un movimiento universitario de esta naturaleza. Hay, indudablemente, dentro del estudiantado salvadoreño, jóvenes de talento, dotados por la naturaleza para el ejercicio de las letras, de la música, de la pintura o de la escena, cuya contribución a la cultura nacional, será tanto más eficaz, cuanto mayor estímulo e impulso reciban para el desarrollo de sus capacidades.

Si Chile es uno de los países americanos de más refinada cultura, ello es debido en gran parte a los esfuerzos de los centros de enseñanza superior, los cuales, desbordando los márgenes técnicos y profesionales, han prestado y prestan a las artes, el apoyo a que éstas son acreedoras. De esta guisa, las universidades chilenas complementan el triángulo de la cultura integral, universal, *universitaria*, cuyos vértices pueden llamarse Verdad, Virtud, Belleza, y cuya totalidad tiene desde antiguo un nombre que es todo un programa: Sabiduría.